

LA INCREDELIDAD DE LOS CREYENTES

Apuntes para una reflexión

J. Prieto S. I.

¡Creo! Ayuda a mi incredulidad (Mc. 9,24)

“...la incredulidad admite grados y puede coexistir con cierta fe: la línea de demarcación entre fe e incredulidad pasa menos entre diversos hombres que por el corazón de cada hombre”. “León-Dufour).

La fe es una virtud viva que crece como el grano de mostaza (Mt. 17,20), y que puede por tanto ser mayor o menor en cada persona. Esto es claro si concebimos la fe como un caminar hacia Cristo, una especie de seducción hacia El: “jamás hombre alguno habló como éste” (Jn. 7,46). La fe nace de la entrega confiada de una persona a otra.

Fe e incredulidad en la Escritura

Desde el principio de la historia de la salvación se planteó así la fe. Dios invita a fiarse de El sólo, para discernir el bien del mal. Adán y Eva “desconfiaron” y no “creyeron” en la palabra de Dios. Fue el primer pecado contra la fe.

Y este pecado se sigue dando a través de la historia del pueblo de Dios. Recordemos nada más que las murmuraciones del desierto cuando ehaban

de menos los buenos tratos de Egipto (Ex. 15-17) y todas las prevaricaciones del pueblo por falta de confianza en Yavé. Lo mismo notamos cuando el hombre se apoya en la riqueza, en la violencia, en los príncipes de la tierra... cuando se fía de su propio parecer: “...si a la hierba del campo... Dios así la viste, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?” (Mt. 6,30).

En esa actitud de fiarse de otro es donde comienza la fe. Más aún, ella misma es ya fe, lo más auténtico de la fe. Hasta tal punto que esa postura de confianza o desconfianza por parte de los judíos condicionaba la actuación de Jesús: “En verdad os digo que en nadie de Israel he hallado tanta fe,... y dijo al centurión: Ve, hágase contigo según has creído”. (Mt. , 10ss.). Y no hizo allí (en Nazaret) muchos milagros por su incredulidad” (Mt. 13, 58).

Por otra parte esa actitud a la que ya hemos llamado fe, condiciona paradójicamente a la misma fe. La actitud de reserva ante Jesús hace que no se entienda el milagro, que el mismo milagro sea causa de pecado y de blasfemia: “Está poseído de Belcebú, por

virtud del príncipe de los demonios echa al demonio" (Mt. 3, 22). Sólo una actitud previa de confianza es la que hace que el milagro y el signo de revelación sean causa de aumento de fe. Recordemos la actitud de Pedro en la pesca milagrosa: "Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador".

Esa actitud de entrega confiada, que es a la vez fe y condición para la fe, está basada en una humildad fundamental. Como la del ciego de Jericó que sigue gritando a pesar de las protestas de la multitud: "¡Hijo de David, ten piedad de mí!" (Mt. 10,48); o como la pecadora que, delante de todos los invitados, se echa a los pies de Jesús llorando; o como esa profunda humildad de la Virgen al exclamar: "He aquí la esclava del Señor".

Pero no todos tienen la misma fe. La incredulidad se filtra en las almas cercanas a Dios. El ángel anuncia el nacimiento de Juan, y Zacarías pide explicaciones. El joven rico, cumplidor de los mandamientos, no confía tanto en Cristo como para abandonar su seguridad económica.

Es que la fe se opone a buscar garantías humanas en la vida. Supone desconfianza radical en uno mismo. Y esta desconfianza la consiguen con más facilidad los publicanos y meretrices que aquellos príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo que le decían a Jesús cuando predicaba en el Templo: "¿Con qué poder haces tales cosas?"

Fe e incredulidad en la Iglesia de hoy

Cristo, exigió a sus discípulos que se hicieran como niños para entrar en el reino, para poder comprenderle. Les exigió que le diesen su confianza. Hoy Alguien nos exige también confianza, una actitud para creer. Ese Alguien es Cristo, de quien la Iglesia da testimonio hoy en el mundo; es Cristo a través de la Iglesia. (No olvidemos que

esa actitud de confianza es ya fe a la vez que condición para el desarrollo de la fe. Y que esa actitud está basada en una humildad fundamental, en no apoyarse en la riqueza, en la violencia, en los poderes de la tierra, en nuestro propio parecer..., que tiene su principal punto de apoyo en la fe de la Iglesia).

Pero es precisamente nuestra fe —y nuestra confianza en la fe de la Iglesia— la que descubrimos hoy en quiebra. Por eso es tan fácil que encontremos mezclada de incredulidad la fe de nuestra comunidad cristiana.

El Concilio ha reanimado la vida interior de este "pueblo en marcha" y ha estimulado con ello nuestra fe. También ha dilatado las dimensiones de nuestra responsabilidad al señalar la "incredulidad de los creyentes" en la raíz del ateísmo contemporáneo. "*También los creyentes tienen su parte de responsabilidad*" en cuanto que "*con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina, o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que han revelado el genuino rostro de Dios y de la religión*" (Constitución sobre la Iglesia y el mundo moderno, n. 19).

El corazón y la cabeza de la Iglesia —reunida en Concilio— lo han comprendido así y han dado testimonio ante el mundo de su fe en Cristo. La comunidad humana universal ha recibido ese testimonio. Y en este testimonio y esta fe se ha nutrido y debe fortalecerse nuestra propia creencia.

Llegamos al núcleo de nuestra reflexión: la fe en Cristo nace dentro y a través de la fe de la Iglesia, por la fuerza expansiva que tiene el testimonio vivo de la fe. Dios ha querido que unos hombres nos salvemos por otros. Y en la medida en que Dios lo ha querido así, la autenticidad en el testimonio de nuestra fe se convierte en el medio por el que la fe se comunica, y

la falta de autenticidad —la incredulidad del creyente— resulta ser piedra de escándalo y antitestimonio de esa misma fe.

La fe es testimonio. La fe no puede traducirse en obras de incredulidad. Nuestra fe en Cristo tiene su expresión mayor en la fe de la Iglesia. Y nuestra fe —como la fe de la Iglesia— tiene su expresión en obras de fe, por las que esa misma fe se convierte en testimonio vivo ante los hombres.

Podemos preguntarnos si nosotros —los cristianos— vivimos el testimonio de nuestra fe, secundando el testimonio que la Iglesia en Concilio ha dado de su fe en Cristo.

Sentimos la preocupación de que esta fe aparezca notablemente velada por algunas actitudes y comportamientos de los creyentes.

Es signo de incredulidad el recelo ante el diálogo entre los que buscan un mismo fin social o religioso, diálogo entre hermanos, diálogo entre súbditos y superiores, de manera que la autoridad no sea un impedimento para la cooperación activa y responsable de todos los hermanos, sin menoscabo de la obediencia. Este recelo es una falta de confianza en la vida y en la buena voluntad de todos los que componen el cuerpo de la Iglesia y buscan su expansión.

Es falta de fe la ausencia de sentido evangélico entre los cristianos en las deficientes realizaciones del orden temporal (económico, político, social) y que tiene como expresiones la prevención con que en algunas partes se mira la incorporación de los asalariados a la gestión de las empresas (cfr. Const. sobre Iglesia y mundo moderno, n. 68), como la falta de confianza en una ordenada libertad de asociación y cola-

boración de los grupos en las actividades sociales y políticas (cfr. n. 75).

He elegido unos cuantos ejemplos que tienen un denominador común: la responsabilidad del hombre. “La Iglesia del Concilio se ha preocupado... del hombre tal cual hoy en realidad se presenta” “...también nosotros —y más que nadie— somos promotores del hombre”. (Pablo VI en el discurso pronunciado el 7 Oct. 1965).

La Iglesia, Cristo presente hoy, nos pide que creamos en el hombre. Nos recuerda que el hombre es imagen de Dios. Que para gobernar a la humanidad no es necesario recurrir a la violencia ni a la coacción sistemática sobre el hombre, porque, su persona merece el mayor respeto: lleva a Dios dentro. Hay que examinar nuestra fe en la Iglesia. Y el termómetro de la fe será nuestra humildad sincera y nuestra actitud de escucha. S. Juan, para quien la fe es vida, dice que los que escuchen la palabra del Hijo de Dios vivirán (Juan, 5,25). Actitud de escucha, de humildad. Y todo lo que sea buscar interpretaciones para adaptar el Concilio a nosotros, nos tiene que sonar a incredulidad, a alejamiento de Dios, a confianza en nosotros mismos, a falta de fe. El Concilio, en su forma pastoral y evangélica ha dicho las cosas con mucha sencillez y claridad. De nuestra parte está el escucharlas con la misma actitud e ilusión.

Solamente con la confianza en Dios, con la mirada limpia y sencilla hacia la Iglesia llegaremos a comprenderla y amarla, no ya por lo que nos enseñaron y nos dijeron de ella, sino porque “nosotros mismos hemos oído y conocido” (Juan, 4,42) que ella es la verdadera Iglesia de Dios. De esta forma nuestra fe en Cristo brillará en el testimonio vivo de la comunidad de los creyentes.